

Comprender la batalla de Ayacucho: génesis, desarrollo y consecuencias

Justo Cuño Bonito¹

jcubon@upo.es

ORCID:0000-0003-3035-3336

Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, España

Resumen

Comprender Ayacucho no es sólo entender un acontecimiento bélico; ni analizar la cultura bélica implícita y explícita; ni categorizar el enfrentamiento según los movimientos de tropas, o según la posición estratégica adoptada. Ayacucho no es, por sí misma, más que una cruel y sangrienta batalla que no vino a decidir nada, sino a confirmar lo que antes ya estaba decidido: la pérdida de las posesiones de la monarquía ibérica en el territorio americano que se completaría con la eliminación de cualquier resistencia tras Tumusla en abril de 1825 y, definitivamente, en Vallegrande en 1828²

Palabras clave: Ayacucho, Independencia Americana, patriotas, realistas, guerra

¹ Cuño Bonito, Justo. Profesor de Historia de América de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, España. Doctor en Historia de América Researcher ID: E-8046-2017 / Scopus Author ID: 56105846000. Título del proyecto: “EDGES Entangling Indigenous Knowledges in Universities”. Marie Skłodowska-Curie Project: 101130077 Horizon Europe (Horizon).

² Marchena Fernández, Juan, *La expresión de la guerra. El poder colonial. El ejército y la crisis del régimen colonial*, Quito, Libresa, 2003, pág. 124.

Understanding the Battle of Ayacucho: genesis, development and consequences

Abstract

To understand Ayacucho is not only to understand a war event; nor to analyze the implicit and explicit war culture; nor to categorize the confrontation according to troop movements, or according to the strategic position adopted. Ayacucho is, by itself, nothing more than a cruel and bloody battle that did not come to decide anything, but to confirm what was already decided before: the loss of the possessions of the Iberian monarchy in the American territory that would be completed with the elimination of any resistance after Tumusla in April 1825 and, definitively, in Vallegrande in 1828.

Keywords: Ayacucho, American Independence, patriots, royalists, war

ÍNDICE

1. Génesis	13
2. Desarrollo	17
3. Las Consecuencias de Ayacucho.	26
<i>a. El Perú contra Colombia y Colombia contra el Perú.</i>	<i>26</i>
<i>b. El Plan de una Hispanoamérica unida.</i>	<i>30</i>
Conclusiones.....	36
Bibliografía.....	37

1. Génesis

Los entre 15.000 y 20.000 soldados, repartidos entre ambos bandos que se enfrentaron en la llanura de la pampa de Ayacucho, reunían las procedencias más heterogéneas: al lado de los hombres más bragados, de los más experimentados y de los más aguerridos forjados en el combate tórrido de los trópicos o en las gélidas sabanas de altura, se encontraban aquellos sin experiencia o con una experiencia tan reducida que desconocían hasta lo más básico de la formación militar. Indígenas y mestizos, campesinos, chasquis, comerciantes, mitayos, artesanos o arrieros, reclutados a lazo, forzados a integrar los ejércitos patriotas o realistas, golpeados por las constantes exacciones de uno u otro bando y obligados al combate por unos ideales que sólo unos pocos compartirían con los oficiales del banco al que les tocaba servir.

Al norte del Perú, el ejército patriota, nutrido con los restos de los ejércitos venezolanos y colombianos aún en campaña tras haber derrotado a los realistas en Boyacá (1819) y Pichincha (1822). Componían una fuerza poderosa que sólo había dejado atrás un Pasto sublevado, receloso y enemigo de los patriotas por los saqueos y vejaciones sufridos a manos de los quiteños y de las tropas de Nariño y Bolívar. Además, el ejército patriota se nutría de los soldados que habían participado en la campaña de los puertos intermedios (1822), por distintas partidas guerrilleras de la sierra central y de la sierra y costa norte de Perú, muchos de ellos en franca rebeldía contra los españoles absolutistas, y por la Legión Peruana de La Guardia creada por San Martín en 1821. Eran los Bolívar, Sucre, La Mar, Cortegana, Guise, Gamarra, Salaverry, Córdova o Miller, entre otros.

Al sur del Perú y en el Alto Perú, los realistas. Divididos entre absolutistas y constitucionalistas. Tras el pronunciamiento de Aznapuquio (1821)³, que concluyó con la sustitución de un virrey absolutista (Pezuela)⁴ por otro constitucionalista (La Serna), se

³ Alvarado Luna, Patricio A., *El imperio contraataca. Incursiones del ejército realista español en la Lima independiente, 1821-1824*, (México, Estudios de Historia Contemporánea de México 2021), págs. 157-192

⁴ Pezuela, Joaquín. *Memoria de Gobierno*. Vicente Rodríguez Casado y Guillermo Lohmann Villena. Lima: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1947.

encontraban más divididos que nunca. Ante la llegada del general San Martín, buscarán refugio en el Cuzco que será desde julio de ese año, la nueva capital virreinal. Las tropas del ejército realista se nutrían del campesinado alto peruano: a esas alturas, muy pocos europeos quedaban, unos 500, sirviendo en el ejército del rey y componían mayoritariamente las fuerzas realistas campesinos de Quinua, Huamanguilla, Huanta o Luricocha: aguerridos simpatizantes de los constitucionalistas, pero no hasta el punto de, viendo la batalla perdida, dar la vida por unos ideales que estaban muy lejos de su cotidianidad. Los oficiales europeos eran jóvenes, pero lo suficientemente experimentados, no sólo para haber adquirido una poderosa experiencia en el campo de batalla, sino para haber definido una ideología que, en gran parte, marcará sus decisiones de guerra y de gobierno. La Serna, Canterac, Carratalá, Monet, Olañeta, Villalobos, Espartero, Cucalón, García Camba, Rubín de Celis o Valentín Ferraz estaban investidos tanto de una acendrada experiencia militar adquirida en combate real más que en las academias, como de una ideología definida por su propia experiencia vital: la invasión de Napoleón, el reinado de José I, la erección de las Juntas y del Consejo de Regencia y la proclamación de la constitución gaditana, habían abierto un panorama político ilusionante por el que estaban dispuestos a luchar. De este modo, el soldado y el nuevo ciudadano compartían una identidad común, porque esos soldados, muchos de ellos egresados de universidades y no de academias militares, portaban valores burgueses liberales implantados en la oficialidad de ese ejército. No en vano, los pronunciamientos aunaron esa indisoluble asociación. El protoburgués revolucionario y el militar liberal, a falta de partidos políticos, se autoinvestían de la responsabilidad de modificar el status quo para variar la estructura de un régimen que concebían como manifiestamente perjudicial para el desarrollo del país y el mantenimiento de sus colonias. No es que el militar liberal renunciase a su condición ni de militar: estaba dispuesto a defender su ideología y su empleo manteniendo, al tiempo, sus obligaciones, responsabilidades y órdenes superiores, pero sin renunciar a unos ideales que formaban parte de su ethos⁵.

⁵ Espadas Burgos, Manuel, "Prólogo", en J.S. Pérez Garzón y M. Espadas Burgos, *Milicia Nacional y Revolución burguesa*, CSIC, Instituto «Jerónimo Zurita», 1978, Madrid.

Y es por eso por lo que el conflicto militar era parte consustancial de la guerra ideológica, como precedente o como consecuente, pero con un objetivo claro: alumbrar el nuevo Estado contemporáneo aniquilando el cuerpo político del monarca y sustituyéndolo por el nuevo cuerpo de la nación. La guerra era concebida por los liberales como un catalizador, como un poderoso conversor encargado de visibilizar y patentizar los derechos naturales acallados por la tiranía, por lo que de las armas dependían la felicidad, la igualdad y la libertad.

En Ayacucho, la gran diferencia entre ambos contendientes fue que la mayor parte de los combatientes patriotas (también una parte reclutada compulsivamente) creyó con firmeza que formaban parte de una guerra popular destinada a fundar una nación: era por tanto toda una nación la que estaba en guerra y no sólo un ejército. De ese pueblo en combate (anunciaban las proclamas de los grandes y míticos generales patriotas), había de resurgir la nación, un Estado moderno y una nueva soberanía fundada sobre las ruinas del antiguo y decrepito régimen. Von Clausewitz captó la catarsis que la guerra estaba desarrollando en las sociedades de manera muy evidente:

De pronto la guerra se había convertido en asunto del pueblo, y de un pueblo de treinta millones de habitantes que se consideraban, todos, ciudadanos del estado... La participación del pueblo en la guerra, en vez de un despacho o un ejército, hacía que una nación entera entrase en el juego con su peso natural.⁶

Y lo decía refrendando los escritos de Saint Simón, apóstol revolucionario, que abogaba por concebir la patria como “la comunidad de afectos”, trasladando la mano invisible de Smith a la voluntad de construir naciones como producto de la acción colectiva:

al luchar cada cual por la salvación o la libertad de lo que le es querido, la patria se sienta defendida. Si cada uno sale de su choza con su fusil en la mano, la patria se

⁶ Clausewitz, Karl Von, *De la Guerra*, Labor, Barcelona, 1994.

salva de inmediato. Cada cual lucha por lo que ama: he ahí lo que se denomina hablar de buena fe. Combatir por todos no es más que su consecuencia⁷

Era pues, preciso, resistir a la opresión y de esa resistencia se derivaban los importantes y connaturales derechos del hombre y del ciudadano (y de la mujer y ciudadana). La libertad se adquiría y preservaba con terror: decapitando al rey, derrotando su ejército, declarando la guerra a muerte a los españoles (como demandaba la defensa de la libertad), o, como Toussaint Louverture y Jean-Jacques Dessalines, que como autores de la exitosa revolución de los esclavos haitianos recomendaron a Francisco de Miranda: “*quemar casas! ¡Cortar cabezas!*”.

Sin embargo, la mayor parte de los combatientes realistas fueron reclutados compulsivamente y en medio del conflicto permanente entre absolutistas y constitucionalistas, sin un referente ideológico claro (más allá de la figura de un Rey puesta en tela de juicio) o, peor, con referentes claramente contradictorios y opuestos entre sí. Los absolutistas entendían que la unidad rey-nación era uno de los fundamentos irrefutables de la monarquía, por lo que una constitución, que pretendía separar ambos cuerpos, atentaba gravemente contra los deberes y obligaciones de los súbditos para con su monarca, y así lo defendió Luis XV en 1766:

(...) No admitiré que se establezca en mi reino una asociación que llevaría a que degeneren en una confederación de resistencia el lazo natural de los mismos deberes y de las obligaciones comunes, ni que se introduzcan en la monarquía un cuerpo imaginario que sólo podría turbar su armonía; la magistratura no constituye en absoluto un cuerpo ni un orden separado de los tres órdenes del reino⁸.

⁷ Saint – Just, Louis de, *El Espíritu de la Revolución*. (Buenos Aires, Malinca Pocket, 1965).

⁸ Guimar, J. Y., *La nation entre l'histoire et la raison*, (Paris, La Découverte, 1990.)

2. Desarrollo

¡Soldados! Vais a completar la obra más grande que el cielo ha encargado a los hombres, la de salvar un mundo entero de la esclavitud ¡Soldados! Los enemigos que debéis destruir, se jactan de catorce años de triunfos: ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras que han brillado en mil combates ¡Soldados! El Perú y la América, todo aguarda de vosotros la paz, hija de la victoria; y aún la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del nuevo mundo es la esperanza del universo ¿La burlareis??? No! No! No! Vosotros sois invencibles.⁹

La proclama de Bolívar desde el cuartel general de Pasco el 2 de noviembre de 1824 parecía preconizar el definitivo triunfo obtenido por las tropas patriotas en Ayacucho. Realistas y patriotas sabían que el momento decisivo había llegado y la única duda era dónde y cuándo. Los realistas habían perdido la esperanza de recibir refuerzos: percibían cómo del postrero intento emprendido en mayo de 1819 no quedaban sino las migajas. La llamada ampulosamente División del Mar del Sur también había fracasado. La costosísima división naval tenía como objetivo la defensa del puerto del Callao al tiempo que pretendía hostigar y con suerte hacer desaparecer, las recientes fuerzas navales de Chile y Argentina comandadas por Lord Cochrane y su segundo, Martín Guise. Pero ni lo uno, ni lo otro. El Alejandro, uno de los navíos negros podridos comprados a Rusia en 1817 a un precio exorbitante, tras llegar a Brasil tuvo que dar media vuelta porque hacía tanta agua que estuvo a punto de irse a pique y el otro navío de la expedición, el San Telmo, desapareció en el Cabo de Hornos y encalló en la Antártida: los tripulantes que sobrevivieron al naufragio, acabaron congelados en uno de los territorios más hostiles del mundo. En total, 644 tripulantes fallecieron¹⁰. Finalmente sólo arribaron a su destino dos fragatas, la Primorosa Mariana al Callao y la Prueba a Guayaquil y tuvieron un papel más testimonial que efectivo en el conflicto de independencia: Cochrane acabó tomando la ciudad de Valdivia en 1820 lo que, junto a la batalla final de El Toro, marcaron el final de la presencia realista en el territorio continental chileno.

⁹ Proclama de Bolívar desde el cuartel general de Pasco, Gaceta del Supremo Gobierno de la Federación Mexicana, 1824.

¹⁰ Montoya Riva, Gustavo, *La independencia controlada. Guerra, gobierno y revolución en los Andes*, Lima, Sequilao Editores, 2019.

Por su parte, el ejército patriota anhelaba y precisaba los refuerzos que debían llegar de la República de Colombia: en mayo de 1824 el Congreso y el Senado de Colombia habían aprobado la recluta de 50.000 hombres más que debían ser incorporados a los ejércitos libertadores. El esfuerzo humano debía, además, complementarse con el económico destinado, teóricamente, a nutrir el grueso de las operaciones militares: una carta de Jamaica del 29 de mayo confirmó haberse conseguido por parte del ministro plenipotenciario colombiano ante la Corte de Londres, Francisco Antonio de Zea, un nuevo empréstito de 30 millones de pesos: “este empréstito de los treinta millones -afirmó-, es lo único que nos faltaba para asegurar la independencia de Colombia y sus pueblos respirarán descansando de las repetidas contribuciones.”¹¹ El préstamo debía permitir una recluta masiva que daría una ventaja decisiva a las tropas patriotas. El alistamiento de 50.000 hombres se debía realizar sobre una población de 2.644.400 almas.¹²

Y en estas esperanzas y desesperanzas se encontraban los bandos en conflicto, cuando llegaron las noticias de la victoria de Junín por el ejército libertador. Trujillo, norte del Perú, se convirtió en una completa fiesta. El presidente de la corte superior de justicia, Manuel Moreno Vidaurre, ofreció en su casa un espléndido banquete republicano con un baile, colocando en la mesa del deser el retrato de su excelencia el Libertador y las banderas de Colombia y Perú a los lados. Mando silencio a todo el mundo, pidió a todos que tomaran un vaso de vino en la mano y exclamó

Señor ¡Pero qué oigo! ¡La voz de la victoria!!! Yo me agito, me inquieto, corro precipitado y grito: manes de los Incas, el Perú es libre, turbad por un momento vuestro sosiego, venid a dar gracias al inmortal Bolívar (...) Un mérito sin igual necesita un talento sin igual para el aplauso... Vírgenes puras, castas esposas, sacerdotes santos, bravos militares, fieles ciudadanos, unid el corazón con el espíritu y en el delirio, en el éxtasis en el frenesí en el entusiasmo, en la locura de una gratitud inmensa prorrumpamos estas palabras: viva Bolívar, viva Bolívar y perezamos todos porque Bolívar viva¹³

¹¹ Gaceta del Gobierno del Perú, 28 de agosto de 1824.

¹² Zea, Francisco Antonio. «Traducción de la nota diplomática presentada por el Sr. De Zea al ministro francés de negocios extranjeros, y a los embajadores y ministros extranjeros en París.» Gaceta del Supremo Gobierno de la Federación Mexicana, 15 de Febrero de 1825.

¹³ Gaceta del Gobierno del Perú, 21 de agosto de 1824. Noticias sobre Junín.

Y rompió la copa contra el suelo porque, según dijo, la que había servido ese brindis no podía tener ya ningún otro destino¹⁴.

Las proclamas emitidas por los realistas intentaron ocultar la derrota: en un bando, el coronel José Ramón Rodil indicó que “las tropas del ejército patriota corren y corren y cada vez van más ligeros porque toda su gente deserta y se dispersa”¹⁵ y al tiempo, ante el inminente peligro que suponía la derrota, emitió otro bando a los habitantes de Lima para que se refugiasen en las fortalezas del Callao¹⁶. Lo cierto, es que el impacto de la derrota fue tal, que resulta determinante para poder entender Ayacucho: Junín dejó el ejército realista muy dañado, sin moral y con su mejor cuerpo de ejército, la caballería al mando de Canterac, casi deshecho, con cuerpos de ejército pasados completos al bando patriota y otro buen número de soldados dispersos u ocultos esperando el momento para desertar. La batalla de Junín del 6 de agosto de 1824 contempló una ventaja inicial de la caballería realista que, tras perseguir inicialmente a la patriota, inopinadamente volvió sobre sus pasos y fue perseguida por la patriota hasta la posición de la infantería realista. La huida de los realistas (en palabras de Canterac la caballería realista volvió grupas y “se dio a una fuga vergonzosa”), arrojó un balance de 235 muertos en el campo de batalla, entre ellos diez jefes y oficiales, más de 80 prisioneros, muchos heridos y una infinidad de dispersos. Se tomaron por los patriotas más de 300 caballos aperados y el campo de batalla quedó cubierto de toda clase de despojos. En el bando patriota (fuera de filas), 60 muertos y heridos. La victoria de Junín abrió una enorme brecha para el ejército realista: entre el 6 y el 22 de agosto, cayeron en manos patriotas Tarma, Jauja, Pampas, Huancavelica, Huanta y Huamanga. La desventaja sufrida por los patriotas con la entrega de los castillos del Callao no sólo había sido revertida, sino que la situación estratégica resultaba ahora ser mucho mejor y el ejército patriota era recibido, como en Huamanga, en medio de las bendiciones

¹⁴ Gaceta del Gobierno del Perú. «Trujillo. Noticia de Junín.» 21 de Agosto de 1824

¹⁵ Gaceta del Gobierno del Perú, 28 de agosto de 1824, «Proclama y Bando del brigadier José Ramón Rodil»

¹⁶ Gaceta del Gobierno del Perú. «Proclama y Bando del brigadier José Ramón Rodil.» 28 de Agosto de 1824

de toda la población. Ante estas nuevas circunstancias, las tropas realistas parecieron adoptar la decisión de concentrarse sobre los puntos que consideraban estratégicos y que podían asegurar su predominio: Lima fue abandonada y las tropas realistas se encerraron en las fortalezas del Callao.

Pero el peligro para los realistas no sólo fue externo y la división interna fue otro de los factores clave para explicar la batalla de Ayacucho. El general Pedro Antonio de Olañeta, absolutista recalcitrante, tomó las armas en contra de los que él llamaba despectivamente “constitucionalistas” que habían socavado el poder del rey al pronunciarse en contra del virrey legítimo, Joaquín de la Pezuela, en Aznapuquio el 29 de enero de 1821. Olañeta acusaba al general La Serna de haber “hollado con inaudito escándalo la regia representación y derechos del trono”¹⁷. La insurrección militar con que La Serna, Valdés y los demás asaltaron la autoridad del virrey Pezuela, constituyó, según Olañeta, un “complot de insubordinación y arrojo” por una simple “ansia frenética de mandar y dominar”. Por su parte, el brigadier español Baldomero Espartero -del bando constitucionalista-, dirigió una proclama a los habitantes del Perú. Tras el epígrafe

VIVA EL REY Y LA NACIÓN, Espartero aseguró que el general Olañeta se hallaba “infatuado” con las decoraciones y distinciones que había obtenido, pero de las que no era digno por su horrible traición. Un general que “no obedece a la suprema autoridad del Perú: no pertenece ni quiere pertenecer a la heroica nación española: quiere unirse con los insurgentes del Río de la Plata y sumergir a los pueblos en el caos de males en que aquellos se miran.”¹⁸

Tras varias escaramuzas y persecuciones, el día 8 de diciembre de 1824 los realistas quedaron situados en las alturas del majestuoso cerro Condorcunca, a tiro de cañón del campo patriota. El ejército patriota había permanecido, sin moverse, preparándose para el combate final en el pueblo de Quinua. El 9 de diciembre ambos ejércitos se dispusieron frente a frente, desgastados, famélicos, hartos de una guerra eterna y de un agotamiento infinito. A las ocho, el general Monet llamó a Córdova para solicitarle que ya que había en

¹⁷ El Argos de Buenos Aires y Avisador Universal, 6 de octubre de 1824, «Copia de Cartas.»

¹⁸ Gaceta del Gobierno Supremo de la Federación Mexicana. «Proclama del brigadier español Espartero.» 7 de Diciembre de 1824

el campo español varios jefes y oficiales que tenían hermanos, parientes y amigos entre los patriotas, se pudieran ver antes del combate. Tras el visto bueno de Córdoba y Sucre, más de cincuenta soldados, especialmente peruanos. Algunos eran miembros del batallón de Numancia creado por Yáñez en los llanos venezolanos, doblado en fuerza por Pablo Morillo en 1816, pasado a San Martín desde Chancay en 1820 y bautizado como Voltígeros por Bolívar. Ambos grupos dejaron las espadas en sus líneas, se reunieron en el campo neutro y se saludaron el general Monet con el mayor Cuervo y otros numantinos o peruanos conocidos. Entre todos ellos sobresalió el brigadier español Antonio Tur, joven de unos 34 años, de alta estatura y que pidió probablemente a Monet la entrevista en demanda de su hermano, el teniente coronel Vicente Tur, del Estado Mayor peruano, seis años más joven. Antonio, al verlo le espetó

¡Ay! ¡Hermanito mío! ¡Cuánto siento verte cubierto de ignominia! – Yo no he venido a que me insultes, y si es así, me voy – y Vicente dio media vuelta y se iba cuando Antonio corrió tras él y, según describió López en sus *Recuerdos Históricos de la Independencia*, abrazándolo lloraron estrechados largo rato¹⁹.

Parecida escena tuvo lugar entre los hermanos Blanco, ambos nativos de Perú y que militaban también en bandos opuestos. Muchas fueron las parejas que lloraron y se despidieron quizá para siempre. Los generales Córdoba y Monet, apartados de los demás, sostuvieron negociaciones previas. Monet propuso llegar a algún acuerdo que evitase el conflicto que tanta sangre iba a ocasionar. Córdoba indicó que era tan fácil como que los generales españoles reconocieran la independencia de América y regresasen pacíficamente a España. Monet afirmó que la propuesta no sería admitida porque no sólo no era voluntad popular (ya que los peruanos claramente estaban divididos), sino que además las tropas españolas eran más numerosas y ocupaban una posición de claro dominio. Córdoba replicó que como le sucedía a todo el mundo, los peruanos también querían mandar en su casa y que pese a tener más soldados y ocupar mejor posición, los patriotas eran muy superiores

¹⁹ López, Manuel Antonio, *Recuerdos Históricos de la guerra de la independencia*, Bogotá, La Comercial, 1880.

“como lo verá usted a la hora del combate”. Y tras la batalla, Monet tuvo que darle la razón.

Según el general patriota Manuel Antonio López, nunca en un solo choque de 15 o 30 minutos quedaron perdidas tantas vidas sin ametralladoras, ni fusiles de aguja, ni de percusión. Uno de los conflictos más cruentos de la historia dejó en algo más de 3 horas de combate 1.800 muertos y 700 heridos entre los patriotas, y 500 muertos y 609 heridos entre los patriotas (corrigiendo las cifras del parte de Sucre porque indicaba que él había estado recorriendo el campo de batalla y había contabilizado más muertos que los expresados por Sucre): 3.609 entre ambos ejércitos, casi la tercera parte de todos los combatientes. Otros cálculos sitúan el número de bajas entre ambos ejércitos en 4.770 entre muertos y heridos²⁰.

El tratado de paz firmado sobre el campo de batalla fue concebido como “la garantía de paz de esta República y el más brillante resultado de la victoria de Ayacucho. Todo el territorio del Perú queda sometido a la autoridad de Bolívar en menos de 5 meses de campaña. Todo el ejército Real, las provincias que ocupaba en la república, las plazas, parques, almacenes y quince generales españoles son los trofeos que el ejército ofrece a VE como gajes que corresponden al ilustre Salvador del Perú”.²¹

A la letra, se indicó en el tratado de capitulación que el general Canterac, teniente general de los Reales Ejércitos de Su Majestad Católica, aparecía encargado del mando superior por haber sido herido y hecho prisionero en la batalla de este día el virrey José de La Serna. Después de oír a los generales y jefes, Canterac propuso y ajustó la capitulación con el señor general de división de la República de Colombia, Antonio José de Sucre, comandante en jefe del ejército unido libertador del Perú.

La batalla más cruenta del largo conflicto de independencia americano fue una guerra civil: el ejército realista dispondría de unos 7.000 soldados bajo el Condorcunca antes de entrar en combate de los cuales se calcula que sólo 500 serían europeos. Los europeos eran

²⁰ López, Manuel Antonio. *Recuerdos Históricos de la guerra de la independencia*. Bogotá: La Comercial, 1880

²¹ El Argos de Buenos Aires. «Victoria de Ayacucho.» 24 de Enero de 1825

soldados experimentados pero jóvenes. La mayor parte de ellos había llegado a la mayoría de edad en 1815 y en el momento del combate, las edades oscilaban entre los 26 años de Rubín de Celis, muerto en el combate, o los 27 de Felipe Rivero y Lemoine y los 54 de La Serna. La mayoría de ellos ni siquiera se había formado en academias militares, sino que habían sido estudiantes: Ferraz, Carratalá, Valdés, Pardo, Rubín de Celis... Los realistas nutrían su partido de los pueblos, ciudades y comunidades del Alto Perú, pero también de Chiloé, uno de los pocos enclaves realistas que aún seguía bajo el dominio de la monarquía española y que aportó 450 soldados al contingente realista. Frente a ellos, los patriotas recibieron refuerzos de la costa y de la sierra norte del Perú, la legión peruana de la Guardia y además de los remitidos desde Colombia por Panamá y Guayaquil, los restos del ejército que combatió en Boyacá y Pichincha y en la campaña de intermedios. Del norte recibirían los patriotas, además, varias partidas montoneras que conformarán guerrillas que hostigarán permanentemente a las tropas realistas y que tendrán un importante papel en el combate de Ayacucho bajo la dirección del general Lamar, quien les encargó frenar la embestida de Monet y Valdés. Por su parte, los realistas contarían con campesinos incorporados compulsivamente al ejército realista suministrados desde Huamanguilla, Huanta y Quinua. Se cree que serán estos campesinos, muchos de ellos no suficientemente adiestrados, acabarían abandonando las armas en el campo de batalla y se volverían contra los jefes realistas: serán éstos, los que a juicio de los absolutistas, provocaron la pérdida de la batalla con su inacción y falta de compromiso. La frase pronunciada tras la batalla por Valdés y que Miller recoge en sus Memorias (“Por fin se acabó este chiste”), fue utilizada por los reaccionarios para responsabilizarle de la derrota o, incluso, como hiciera Salvador de Madariaga, sostener que la batalla había sido una farsa pactada entre ambos contendientes. Pero una farsa que se llevó la vida de cientos de campesinos del Alto Perú y de oficiales aguerridos como Cucalón, Lugo, Brivela, Palomares, Alonso o Rubín de Celis, entre otros muchos. El general colombiano José María Córdova en carta enviada a su amigo Sinforoso García confesó que si hubiese pasado un mes más, se hubiese perdido la guerra en el Perú y Colombia se hubiese visto envuelta en una nueva guerra de imprevisibles consecuencias. Las órdenes de Bolívar habían sido eludir el combate debido a las fuerzas superiores de los realistas y cuando el ejército realista comenzó a moverse desde el Cuzco,

los patriotas fueron retirándose, eludiendo el combate y perdiendo en la retirada jefes, oficiales y tropa enferma. Viendo que la sangría en hombres y bagajes era absolutamente perjudicial, Sucre, con las comunicaciones con Bolívar cortadas, decidió presentar batalla pese a las circunstancias tan comprometidas y a pesar de que el combate inmediatamente precedente al de Ayacucho había estado a punto de hacer añicos el ejército patriota. El triunfo de Ayacucho era incuestionable y Córdova proclamaba haber liberado al Perú y haber “hecho lo que había que hacer de más grande en el universo”.²²

Para el brigadier realista Andrés García Camba la batalla fue del todo punto irrenunciable y debía decidir la suerte de todo el Perú después de más de quince años de guerra. Ambos se veían impelidos a atacar: Sucre porque no tenía escapatoria: de haber seguido retirándose hubiese provocado la progresiva desaparición de todo su ejército que además tenía cortadas las posibilidades de huida. La Serna porque tenía invertidos todos sus recursos en la victoria: no podía seguir por falta de recursos materiales y humanos²³. En sus Memorias, el mariscal inglés Guillermo Miller, al servicio del ejército libertador, relató que Sucre contaba con más de 200 bajas en los días previos al combate y las comunidades de los pueblos de Huanta, Huancavelica, Chincheros, Huando y otros inmediatos, se habían sublevado contra los patriotas: “ni podían retirarse, ni podían atacar a los realistas por el barranco escarpado de 200 varas de profundidad que separaba a los dos ejércitos; y la falta de provisiones le habría hecho imposible permanecer en aquella posición cinco días más”²⁴. En parecidas circunstancias se encontraban los realistas que habían ido perdiendo hombres enfermos, desertores y rezagados, dejando atrás suministros, ganado e incluso cuatro piezas de artillería que las enflaquecidas mulas eran incapaces ni aun de sostener. La capitulación la veía García Camba como un mal menor debido a las características de las tropas realistas: “El soldado peruano es sobrio, sufrido, valiente e incansable en la fortuna; pero poco manejable y paciente y casi incontenible en la desgracia: con esta clase de

²² Gaceta del Supremo Gobierno de la Federación Mexicana. «Proclama de Bolívar desde el cuartel general de Pasco.» 2 de Noviembre de 1824

²³ García Camba, Andrés. Memorias del General García Camba para la Historia de las Armas Españolas en el Perú (1809-1821). R. Blanco-Fombona. Madrid: América, 1916.

²⁴ Miller, John. Memorias del General Miller al servicio de la República del Perú (Selección). Madrid: América, 2021

soldados era absolutamente imposible ejecutar una retirada gloriosa después de la catástrofe de Ayacucho, y menos herido y prisionero el virrey, porque todavía conservan por tradición una muy triste idea acerca de la muerte o prisión del general. Así venció Hernán Cortés en Otumba, y cuando más tarde Francisco Pizarro se apoderó de Atahualpa derribándolo de las andas en Cajamarca, ya no tuvo indios con quienes combatir”.

Pocos años más tarde, el triunfo y el fracaso de Ayacucho quedaba recluido en la más recóndita de las memorias. En pocos años habían muerto violentamente o inesperadamente Bolívar, Sucre, La Mar, Córdova, Cuervo, Carvajal, Tomás Herrera, Juan Camacaro, Francisco Piedrahita... En España Canterac asesinado en 1834 y todos sus compañeros envueltos en otra guerra fratricida más, ahora bajo el título de carlista. El general colombiano Manuel Antonio López lo describió a la perfección: “la misma raza, con sus mismas grandezas i ruindades, con los mismos extremos sublimes i odiosos, con la misma lamentable violencia de carrera i de fin; raza meteórica, de fierro i de llamas, liga fantástica de romana i oriental (...) Los hispano-americanos sentimos que el Cid, Pelayo, Castaños, Mina & son héroes nuestros, i los amamos i nos enorgullecemos de ellos. Cuando España sienta lo mismo de los héroes de acá (i conocemos jenerosos españoles que ya lo sienten), entonces el verdadero sol, no el de Carlos V, dejará de tener ocaso en nuestros dominios. Entretanto...lidiemos i gritemos por empequeñecernos, cuando las demás familias suspiran, cantan i lidian por completarse i robustecerse”.²⁵

²⁵ López, Manuel Antonio. *Recuerdos Históricos de la guerra de la independencia*. Bogotá: La Comercial, 1880

3. Las Consecuencias de Ayacucho.

a. El Perú contra Colombia y Colombia contra el Perú.

El teniente coronel peruano Juan Basilio Cortegana, contradiciendo a la proclama de Bolívar en la que se indicaba que “La lealtad, la constancia y el valor del ejército de Colombia lo han hecho todo”, afirmó que fue el regimiento de caballería peruano, llamado antes de la batalla de Junín “coraceros del Perú”, más tarde “primer regimiento de caballería del Perú” y más tarde “húsares de Junín”, el que resistió hasta el final el empuje español y triunfó en Ayacucho, donde también los batallones de la legión peruana resistieron el empuje de Valdés: “es claro que el valor solo del ejército de Colombia no lo ha hecho todo, sino el valor unido de los colombianos y los peruanos”²⁶. Seguramente Cortegana conocía la animadversión de Bolívar hacia los peruanos. El marino de los Estados Unidos Hiram Paulding se mostró sorprendido por cómo Bolívar criticaba duramente a la sociedad peruana:

sus denuestos fueron ásperos y sin reserva. A mí desde luego me pareció que aunque fuesen justas sus observaciones, eran impolíticas, extemporáneas y capaces de perjudicarle seriamente en el afecto de las gentes de aquel país, al paso que era imposible que en ningún caso produjesen provecho alguno. Luego me dijeron que siempre solía hablar así de los peruanos, y a esto creo que debe con razón atribuirse, el que aquellos habitantes no mostrasen mayor gratitud hacia los colombianos por el fraternal socorro que les dieron para arrojar a los españoles de su país.²⁷

Para John Fisher, Perú suponía una amenaza para Colombia que era preciso eliminar, lo que explicaba su “decisión de ir personalmente al Perú en agosto de 1823” con el fin de proteger Colombia de los peruanos²⁸. De este modo se explicaría cómo Bolívar intentó ir desmembrando el territorio que quedaba bajo el virreinato (adscribiendo Guayaquil a

²⁶ Cortegana, Juan Basilio, *Historia del Perú*, Vol. V, Lima, Biblioteca Nacional del Perú/Fundación BBVA, pág. 218.

²⁷ Paulding, Hiram, *Visita de Bolívar a Huaraz*, (Lima, Colección Documental de la Independencia del Perú, Tomo XXVII, Vol. II, 1971), pág. 442.

²⁸ Fisher, John, “La formación del Estado peruano (1808-1824) y Simón Bolívar”, en I. B. y H. Günter, ed., *Problemas de la formación del Estado y de la nación en Hispanoamérica*, Bonn, Inge Buisson y Hahle Günter ed., Inter Naciones, 1984, pág. 465-480.

Colombia, apoyando el Alto Perú para separarlo del Bajo Perú) para hacer prevalecer Colombia como centro del poder de toda la América del Sur.

En un informe elaborado en 1825 el cura colombiano Juan Manuel García de Castillo y Tejada también incidió en el mismo punto indicando que el sistema de independencia colombiano adolecía de una extraordinaria debilidad y no admitía comparación el estado en el que se encontraba con respecto a la felicidad que esos habitantes habían gozado bajo el dominio español por la “influencia que en ellos tiene la religión, el lenguaje y españolas costumbres en que han sido educados; la divergencia de partidos en que se hayan empeñados; la repugnancia con que sufren los peruanos la dominación de Colombia (...)”²⁹. Y todo ello en medio de un período en que la victoria no parecía asegurar la felicidad y en el Perú se hacían célebres cancioncillas como la del clérigo conservador José Joaquín de Larriava:

Cuando de España las trabas / en Ayacucho rompimos, / otra cosa más no hicimos
/ que cambiar mocos por babas. / Nuestras provincias esclavas / quedaron de otra
nación. / Mudamos de condición; / pero sólo fue pasando / del poder de don
Fernando / al Poder de don Simón.³⁰

En Perú, algunos papeles de Lima señalaban que eran los peruanos los que habían ganado las batallas de Junín y Ayacucho y que no habían necesitado de los colombianos. Éstos únicamente habían tenido como intención tiranizar el país³¹.

Dentro de esa misma dinámica de confrontación, las noticias de la victoria de Ayacucho que llegaron a Colombia fueron cautelosamente bienvenidas. La cautela no procedía de un pueblo que se alegró y regocijó por una victoria que tantas vidas y esfuerzos de colombianas y de colombianos había costado, sino por una élite política recelosa del vicepresidente Francisco de Paula Santander que pretendía opacar la imagen pública de Bolívar.

²⁹ Archivo General de Indias, Estado 19, N. 122, García de Castillo y Tejada, J. M., 1825, *Relación de los Grados Literarios, Méritos y Servicios del Dr. D. Juan Manuel García de Castillo y Tejada*, s.l.

³⁰ De Larriava, J. J., “El fusilico del General Flores”, en M. d. Odriozola, (ed. Colección de Documentos Literarios del Perú, tomo II. Lima, Aurelio Alfaro, 1864), pág. 129.

³¹ Rodríguez, Simón, *Bolívar contra Bolívar*, Caracas: Ayacucho, 2019, pág. 219.

Las rencillas entre Santander y Bolívar venían desde lejos. La falta de aptitud para el combate y discrepancias con Bolívar durante la “Campaña Admirable” en 1813, fue compensada por su decisiva participación al frente de las milicias disciplinadas que bajo su mando en Casanare facilitaron las victorias patriotas en el Pantano de Vargas y Boyacá en 1819 lo que le valió su nombramiento como general de división y vicepresidente de las provincias liberadas de la Nueva Granada. Sin embargo, aunque el Congreso de Cúcuta en 1821 ratificaría a Santander en su cargo, el fusilamiento de 38 oficiales españoles (entre ellos el general José María Barreiro) tras la batalla de Boyacá, sin el consentimiento de Bolívar, generó un nuevo enfrentamiento que continuó posteriormente y se fue acentuando durante la campaña de Bolívar en Quito y Perú.

La visión política mantenida por ambos también fue motivo de discrepancia y acrecentó su enemistad: Santander mantuvo posiciones bien regionalistas, provincianas si hablamos de una visión panamericana, pero fuertemente centralistas hacia dentro de Colombia. Frente a ellas, las más integracionistas de Bolívar, quien concebía una confederación americana de habla hispana gobernada por un presidente electo vitalicio. La rivalidad entre venezolanos y colombianos fue otra constante en la lucha entre ambas personalidades: Santander manejó a su favor esta competencia gobernando de facto como presidente ante la ausencia de Bolívar desde 1821 y manejando la mayoría en el Congreso a favor de sus proyectos políticos, que a menudo contradecían las necesidades de Bolívar para mantener la campaña militar en curso:

Hay un buen comercio entre Ud. y yo -escribió a Santander-; Ud. me manda especies y yo le mando esperanzas. En una balanza ordinaria se diría que Ud. era más liberal, pero esto es un error. Pensemos un poco lo que Ud. me da y lo que yo le envío. ¿Cree Ud. que la paz se puede comprar con sesenta mil pesos? ¿Cree Ud. que la gloria de la libertad se puede comprar con las minas de Cundinamarca? Pues esta es mi remisión de hoy. Ve a Ud. si tengo buen humor.³²

³² Guerra Villaboy, Sergio, Jugar con fuego: *Guerra Social y Utopía en la independencia de América Latina*, Santa Marta, Unimagdalena, 2017, pág. 219.

Las discrepancias entre ambos no harían más que aumentar y ante las permanentes reticencias de Santander a apoyar el esfuerzo bélico del ejército Libertador, Bolívar llegarían a confesar que no sabía si sería finalmente mejor “perder que no pedir”.

Y fue por ello que Antonio José de Sucre remitió una proclama en la que más que remarcar su victoria, justificó al Libertador. Reconocía el valor de los peruanos que habían combatido contra los españoles y el de los colombianos que desde el Orinoco hasta Desaguadero habían triunfado. Después de las hazañas del general Bolívar, de su renuncia al poder dictatorial “¿Qué más restaba a la gloria inmortal de BOLÍVAR? ¿Qué otra prueba pueden exigir de él los amigos de la libertad? Ninguna, ninguna, ninguna”³³. La participación y reconocimiento a la participación de Colombia en la gesta libertadora estaba fuera de toda duda: como el propio Bolívar, colombianos renunciaron a su reposo para conseguir la libertad americana y como Bolívar, consideraron que su presencia podría ser útil en el Perú. Bolívar concibió el proyecto pidió permiso al congreso colombiano guardando las fórmulas constitucionales y solicitó el aval del poder ejecutivo: todos eran conscientes de que era Bolívar el que tenía que cumplir con la misión de arrojar del Perú el más fuerte ejército español sobre cuyos repetidos triunfos contaba el gobierno de Madrid. Por ello, a los órganos legislativos y ejecutivos, la seguridad de Colombia, la libertad el Perú y la suerte de toda América pesaron más en el ánimo del ejecutivo que la dolorosa ausencia del general, quien además del rigor de las batallas y de los sacrificios, sabía que dejaba atrás un terreno abonado para que florecieran la perfidia y la traición. Tanto fue así que hasta estuvo a punto de negársele la licencia para salir de Colombia después de que el Congreso tuviese “mil y mil debates” con informes y opiniones diversas. Finalmente se le concedió y Bolívar salió a cumplir con la misión de liberar los territorios que aún seguían bajo la dominación española contando con el apoyo del ejecutivo (Santander) para sostener el esfuerzo bélico e irlo renovando según se precisase. Sin embargo, el gobierno tuvo que enfrentar posiciones adversas: ciudadanos del norte de la República y algunas personas de alta categoría reproban que Colombia hubiese tomado sobre sí la guerra del Perú; otros presagiaban un mal éxito de la campaña y sucesos de funestas consecuencias; y no faltaron

³³ Gaceta de Colombia, 6 de febrero de 1825, Perú. Capitulación del Ejército Español

quienes comparaban la suerte del general Bolívar, indicó Sucre, a la de Napoleón marchando a Rusia. Algunos emplearon la imprenta para tratar de inflamar los ánimos en contra de Bolívar y de su marcha e incluso en algunas partes de Europa se miraba con perplejidad que Colombia en vez de ocuparse de sus propios asuntos se hubiese inmiscuido en una guerra tan costosa de tan incierto éxito, llegando el gabinete de San James a depender el reconocimiento de la independencia de Colombia del éxito en la guerra del Perú.

b. El Plan de una Hispanoamérica unida.

Concluida la guerra, tocaba gestionar la paz y en las circunstancias presentes la solución que había que adoptar debía ser eminentemente práctica, sin revanchismos ni rencores³⁴. Para Sucre llegaba el momento de establecer unas nuevas relaciones con España fundamentadas en el respeto y en la igualdad. La América ofrecía ahora una imagen unida, fiable y solvente: miles de hombres colombianos no sólo no habían desamparado su territorio sino que habían asegurado para él una mayor seguridad y tranquilidad. Posiblemente fuera esta la garantía que buscaban los gabinetes europeos para entablar relaciones con los nuevos Estados americanos “y que al fin cansada la España de sufrir desastres en la guerra americana y mejor aconsejada alargue amigablemente su mano a los independientes de sus antiguas colonias y nos pida que corramos para siempre un velo sobre los acontecimientos pasados”. De este modo finalizarían los reclutamientos que tanto han afectado a la población y a la riqueza nacional y se disminuirán los aumentados impuestos que agobiaban a los pueblos; “renacerá nuestra agricultura, se vivificará el comercio, nuestros mercados serán los más concurridos; y nos llenaremos de medios de gozar de las comodidades de la vida: se extinguirán para siempre los antiguos odios, la educación se planteará de un modo digno de un pueblo libre, y las leyes protegerán imperturbablemente nuestros derechos”³⁵. Todo este bienestar y prosperidad harían que

³⁴ Navas Sierra, Jesús Alberto, “El plan de reconciliación y el proyecto de una confederación hispánica de Francisco Antonio Zea”, *Boletín de Historia y Antigüedades*, 81(785), 1994, págs. 329-362.

³⁵ Sucre, Antonio José, Proclama, *Gaceta de Colombia*, 6 de febrero de 1825.

cualquier sacrificio hubiera merecido la pena y Sucre proponía la nueva senda por la que había que transitar:

Hagamos la paz con España y Colombia será la envidia del universo ¡Permita el Cielo que el magnánimo BOLÍVAR no cierre los ojos antes de que sea testigo de la completa felicidad de sus conciudadanos! Ninguna recompensa igual puede obtener por sus señalados servicios como la de ver en paz a la hija de sus esfuerzos, unidos cordialmente todos los estados americanos, afianzado en ellos el trono de la libertad y colmados de felicidades sus queridos patriotas³⁶.

Un claro precedente había sido las Conferencias de Punchauca. Celebradas en la Hacienda Punchauca, cerca de Lima, el general San Martín y el virrey La Serna discutieron en mayo de 1821 sobre el futuro del continente. Aznapuquio había dado una oportunidad que ni Pezuela ni el absolutismo hubieran imaginado. San Martín propuso viajar en persona a Madrid y solicitar de las Cortes que tras reconocer la independencia de Argentina, Chile y Perú, nombrasen un Borbón para que fuese proclamado rey del Perú y evitar de este modo que Inglaterra acabase recolonizando los territorios americanos. San Martín valoró por igual el grado de afecto que aún mantenía la corona española y el interés de las potencias europeas por invadir económica y políticamente el territorio americano una vez que hubiera obtenido su independencia. La Serna no accedió a la propuesta no sólo por no tener instrucciones desde Madrid, sino además por la oposición que encontró entre los generales que le habían aupado a asumir el cargo de virrey: ni Canterac ni Valdés creyeron que sería una solución viable para su aprobación en Madrid. De hecho San Martín, quiso ver detrás de la negativa de Valdés la mano de la inteligencia británica y calificó al general español como “genio del mal”³⁷.

Todas las diplomacias de las nuevas naciones americanas se preocuparon por el reconocimiento que de la independencia que habían obtenido debían hacer los gabinetes europeos. Parecía que después de Ayacucho el inglés ya estaba dispuesto al reconocimiento y así quedó reflejado en la Gaceta del Supremo Gobierno de la Federación Mexicana, el

³⁶ Gaceta de Colombia, *Proclama de Antonio José de Sucre*, 6 de febrero de 1825.

³⁷ Tauzin-Castellanos, Isabelle, “De emigrado a rebelde: José Canterac, un militar indeseable en busca de la identidad perdida”, *Investigaciones sociales*, Vol. 22, N° 40, 2019, págs.. 179-194.

sábado 12 de febrero de 1825. El reconocimiento “lo ecsige su pundonor, y su buena fe tanto tiempo eludida por las intrigas de España, así lo ecsigen los intereses de la Gran Bretaña, y el voto universal de sus pueblos, la razón y justicia.”³⁸ Inglaterra que siempre se había mantenido oficialmente prudente, sabía no sólo de las ventajas que le reportaría la independencia sino de lo necesaria que era esta para asegurar la devolución de todos los empréstitos realizados a los países americanos. Sin embargo, pese a todo, se había conducido con prudencia y sin pretender ocupar ninguno de los territorios americanos, al menos de manera directa: con el comercio bastaba para extraer el fruto sin asumir el riesgo y la Royal Navy estaba allí para proteger esos objetivos³⁹.

EUROPA Y AMERICA.

A mediados de Octubre publicaron los diarios en Inglaterra, y copiaron los de Francia, la razon siguiente de los empréstitos hechos por el comercio de aquella nacion en poco mas de seis años á gobiernos extrangeros: nosotros siguiendo el plan de nuestro periódico, hemos dividido el cuadro sacando el mismo resultado por lo que toca á los prestamistas, para hacer así mas visible los empeños contraidos en Europa y en América.

EUROPA.

España.....1821.....	1,500,000	Lib. esterlin. 31,465,000.
Id.....1823.....	1,500,000	
Dinamarca...1822.....	3,000,000	
Austria.....1823.....	2,500,000	
Frusia.....1818.....	3,000,000	
Id.....1823.....	3,500,000	
Rusia.....1822.....	3,500,000	
Nepoles....1821 y 1822.....	6,165,000	
Id.....1824.....	2,500,000	
Grecia.....1824.....	800,000	
Portugal....1823.....	1,500,000	

AMERICA.

Colombia.....1823.....	2,000,000	16,350,000.
Id.....1824.....	4,750,000	
Chile.....1822.....	1,000,000	
Buenos-Ayres.1824.....	1,000,000	
Perú.....1822 y 1824.....	1,200,000	
Brasil.....1824.....	3,200,000	
Méjico.....1824.....	3,200,000	

Total.....47,815,000.

Empréstitos realizados por el comercio de Inglaterra en poco más de seis años a gobiernos extrangeros.
El Argos de Buenos Aires. Núm. 113. Sábado 22 de enero de 1825

Desde 1810 el gobierno inglés propuso servir de intermediario entre España y los nuevos gobiernos americanos, oferta renovada en el Congreso de Aquisgrán celebrado en 1818. Inglaterra pretendía con ello mantener el orden absolutista acordado por la Cuádruple

³⁸ Gaceta del Supremo Gobierno de la Federación Mexicana, el sábado 12 de febrero de 1825.

³⁹ Gaceta del Supremo Gobierno de la Federación Mexicana, el sábado 12 de febrero de 1825.

Alianza y evitar que el ejemplo del surgimiento de naciones libres, liberales e independientes en América pudiera replicarse en Europa. Sin embargo, los diferentes gobiernos de España, fueran nacidos desde las Juntas, la Regencia, el liberalismo o el absolutismo, rechazaron cualquier posibilidad de permitir la mediación inglesa creyendo que recobrarían el gobierno completo de todos los territorios. El planteamiento de la élite política hispana chocó frontalmente con la praxis británica y claramente perjudicó los intereses que España hubiera podido seguir obteniendo de los territorios americanos. En este sentido, también desde México se valoraba la poca visión estratégica de España que, ante la evidente imposibilidad de recuperar con la fuerza sus antiguas colonias, podría haber sido ella

“la primera que declarase su independencia, y así sacase aquellas ventajas en el naufragio, que le prometía la larga dominación de tres siglos, la igualdad de idioma y costumbres. Mas Fernando entretanto minaba, é impetraba socorros por todas partes, la liga infernal de los soberanos, favorecía sus planes, y la intriga aumentaba a cada instante”⁴⁰.

Un esfuerzo vano el del monarca español y siempre frenado por Inglaterra que vigiló para que ninguna otra potencia interviniese en el conflicto de independencia o favoreciese a España contra América mediante el suministro de auxilios o préstamos. Las independencias de los territorios americanos se veían como inevitable y tanto le parecía a Inglaterra que envió cónsules para preparar el nuevo panorama político. La determinación de Inglaterra podría haber incentivado el recelo español y haberle impelido para adelantarse y ser los primeros en aprovecharse de las ventajas comerciales que la nueva situación ofrecía

“la imposibilidad de recibir socorros de sus aliados, y los partidos ventajosos que aun pudiera sacar de sus antiguas colonias relativas a su comercio, hubieran abierto los ojos a cualquiera otra nación sobre su conveniencia; mas no hacen impresión en el imbécil Fernando. Apresta los pocos y últimos resagos de su insignificante marina, no respira sino venganza, no escucha sino la voz de su frenesí y su capricho, y se niega á todo convenio. ¿Qué partido quedaba por elegir á la Inglaterra en este caso? (...) No le quedaba otro arbitrio, sino el solemne reconocimiento de la independencia y libertad americana y si estaba

⁴⁰ Gaceta del Supremo Gobierno de la Federación Mexicana, 12 de febrero de 1825.

comprometida en dar este último paso para ser consecuente a sus principios, y para sus propios intereses, lo estaba aún mucho más para sostener el honor nacional”.⁴¹

América se exhibía como una nueva criatura poderosa y conformada sobre bases sólidas: Colombia, Chile, Buenos Aires, Perú y México parecía, según el secretario de Estado inglés Henry Petty-Fitzmaurice, tercer Marqués de Lansdowne, que las nuevas naciones independientes habían bebido las aguas de la inmortalidad, probado los nobles goces de la libertad, y que sabrían conservarlos a toda costa⁴².

En la misma línea, Francisco Antonio de Zea, ministro plenipotenciario de la República de Colombia para establecer relaciones política y comerciales con los poderes europeos, afirmaba ante el ministro francés de negocios extranjeros, que América había “llegado ya a su mayoría (...) La España, espelida para siempre de las orillas Americanas, no tiene medios de volver.”⁴³ Según Zea, Colombia ya presentaba todas las características de los gobiernos reconocidos

“no pregunta á cada uno de ellos por qué derecho, ó cómo se han hecho lo que son, ecsisten: esto es todo lo que necesita saber. Colombia respeta cuanto ecsiste; tiene derecho á la reciprocidad: la pide; y ésta demanda no vá dictada por el interés ni por el miedo, tanto un motivo como el otro es digno de una nación libre y generosa.”⁴⁴

Por ello se establecerían una serie de artículos en los que solicitaba el reconocimiento mutuo y establecía que sólo las naciones que hubieran reconocido a Colombia tendrían acceso al comercio en sus puertos y la posibilidad de residir en el país.

Inglaterra reconocería las independencias latinoamericanas a partir de 1825. España lo haría a partir de 1836. El reconocimiento de la independencia de Perú se firmaría en 1879 y el de Colombia en 1881. De facto, Inglaterra se hacía con el control de una parte

⁴¹ Gaceta del Supremo Gobierno de la Federación Mexicana, 12 de febrero de 1825 “Actitud del gobierno inglés ante el conflicto de América”.

⁴² Anon., Gaceta del Supremo Gobierno de la Federación Mexicana, 12 Febrero, 1825, Tomo V. Núm. 21, pág. 111.

⁴³ Gaceta del Supremo Gobierno de la Federación Mexicana, 15 Febrero de 1825, Zea, Francisco Antonio, *Traducción de la nota diplomática presentada por el Sr. De Zea el ministro francés de negocios extranjeros, y a los embajadores y ministros extranjeros en París.*

⁴⁴ Gaceta del Supremo Gobierno de la Federación Mexicana, 15 Febrero de 1825, op. cit.

importante de las economías latinoamericanas lastradas desde sus inicios por una enorme deuda de guerra que las hizo dependientes y abocadas a convertirse en suministradoras de materias primas de las grandes potencias. Tras Ayacucho, había que pagar las deudas contraídas con el ejército y calculadas en más de 2 millones de pesos sin contar con las recompensas. Deudas a menudo impagadas que hicieron que los soldados se fueran reenganchando en los diferentes conflictos que fueron surgiendo en los posteriores años: el conflicto en el Alto Perú, la guerra entre Bolivia y Perú, la guerra entre Colombia y Perú.

Conclusiones

América Latina iniciaba su andadura independiente trasladando su dependencia de Cádiz hacia Liverpool, exactamente lo que San Martín había intentado evitar y que la élite política española, con su tozudez, inconsecuencia y torpeza de miras, había propiciado. “El gorro frigio de la república se posaba sobre un cuerpo todavía colonial” tal y como lo definió Nicolás Sánchez-Albornoz⁴⁵. Frente a la Commonwealth británica, los españoles optaban por construir una Historia donde lo americano se presentaba como antitético de lo español. La Historia escrita antiespañola en América y proespañola en España -afirmó el gran historiador cubano Manuel Moreno Fraginals-⁴⁶, no expresan dos posiciones historiográficas sino una sola posición creadora de mitos por parte de ambas clases dominantes. Mitos que, en los manuales escolares españoles, aparecen aún como producto de esa tergiversada y manipulada historia. Todavía, en el año 2021, se estudia América -si el tiempo y la necesidad de cumplir con el programa lo permiten-, dividiendo el tiempo histórico americano entre los héroes de la conquista, y los pérfidos desagradecidos que quisieron ser independientes: un absurdo maniqueísmo que oculta la tragedia de un conflicto civil, el de la guerra de la independencia, que desmembró sociedades que habían permanecido juntas desde hacía más de trescientos años y que la inquina, el revanchismo y el consecuente olvido, manipularon para inventar una historia de desencuentros. Todo parecía dar sentido a la visión que del conflicto de independencia diera el hispanista británico Raymond Carr quien afirmó que “No es que los americanos se levantaran contra España: España se apeó de América”⁴⁷.

⁴⁵ Sánchez Albornoz, Nicolás, *Indios y tributos en el Alto Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1978, pág. 195.

⁴⁶ Moreno Fraginals, *La Historia como arma y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones*, Barcelona, Crítica, 1999, pág. 16.

⁴⁷ Carr, Raymod, España. 1808-1975, Barcelona, Ariel Historia, 1996, págs. 109-110.

Bibliografía

Abascal, J. F., *Memoria de Gobierno. José Fernando de Abascal y Sousa*, 2 vols., Sevilla, Editorial Católica Española, 1944.

Alvarado, P., *Virreyes en armas. Abascal, Pezuela y La Serna: la lucha contrarrevolucionaria desde el virreinato del Perú (1808-1826)*, Lima, Instituto Riva Agüero – UPTC, 2020.

Amadori, A., *No es menos servicio el diferir que el ejecutar. El programa fiscal de Felipe IV para el Perú y la gestión del virrey Chinchón (1629-1641)*, Historia, Volumen 1, 2013.

Ayala Mora, E., “Relación de la entrevista entre Bolívar y San Martín”, *Procesos, Revista Ecuatoriana de Historia*, Volumen I Semestre, 2013, págs. 125-126.

Bonilla, H., “La constitución de 1812 y el Perú del virrey Abascal”, en Heraclio Bonilla (ed.), *La Constitución de 1812 en Hispanoamérica y España*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2012, pp. 141-173.

Bragoni, B., *San Martín. Una biografía política del Libertador*, Buenos Aires, 2019, Edhasa.

Bulnes, G., *Las últimas campañas de la independencia del Perú (1822-1826)*, Santiago de Chile, Imprenta Barcelona, 1897.

Burdett O'Connor, F., *Independencia Americana Recuerdos De Francisco Burdett O'Connor Coronel De Ejército Libertador De Colombia y General De División De Los del Perú y Bolivia*, Madrid, América, 1915.

Cacua, A., *Chuquisaca, 25 de mayo de 1809: ayer y hoy, umbral intelectual de la libertad e independencia suramericanas*, Sucre, Sociedad Geográfica y de Historia "Sucre", 2009.

Carr, R., *España, 1808-1975*, Barcelona, Ariel Historia, 1996.

Chassin, J., *Lima, sus élites y la opinión durante los últimos tiempos de la colonia*, en F. G. y A. Lempérière, (eds), *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, págs. 241-269.

Chust Calero, M., “Revolución y autonomismo hispano: José Mejía Lequerica”, en Manuel Chust (Ed.), *Revoluciones y revolucionarios en el mundo hispánico*, Castellón, Univ. Jaume I, 2000.

Contreras, C. y S. M. L., “La independencia del Perú y el Alto Perú”, en Marco Palacios, (ed.) *Las Independencias Hispanoamericanas. Interpretaciones 200 años después*, Bogotá, Norma, 2009.

Cuño Bonito, J., “Junín y Ayacucho Fake News: La Prensa Ibérica contra la Realidad 1824-1825”, *Rúbrica Contemporánea*, Vol. 12, Número 25, 2023.

Cuño Bonito, Justo, “La construcción política de una compleja realidad social: Conflictos, negociaciones y acuerdos en la base del primer constitucionalismo americano, 1811-1815” en Ivana Frasset (ed.), *Tiempo de política, tiempo de constitución. la monarquía hispánica entre la revolución y la reacción (1780-1840)*, Granada, Comares, 2018.

Cuño Bonito, J., *El Retorno del Rey. El restablecimiento del régimen colonial en Cartagena de Indias (1815-1821)*, Castellón, Univ. Jaume I, 2008.

De la Riva Agüero y Sánchez Boquete, J., *Memorias de Pruvonena* en Elizabeth Hernández García (ed.), Lima, Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia del Perú, 2021.

De Larriva, J. J., “El fusilico del General Flores” en M. D. Odriozola, (ed.), *Colección de Documentos Literarios del Perú*, tomo II. Lima: Aurelio Alfaro, 1864.

De Santos Rodrigo, E., “José de Canterac Dorlic y d’Ornezan”, *Ejército*, Issue 439, 1976.

Deluca, M. E. G., “Más la pluma que las armas. La larga espera antes de Junín y Ayacucho”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (27), 2000.

Elliot, J. H., *España, Europa y el mundo de ultramar (1500-1800)*, Madrid, Taurus, 2017.

Espejo, J., *Apuntes históricos sobre la Expedición Libertadora del Perú en 1820*, tomo XXVI, Lima, Comisión Nacional del sesquicentenario de la independencia del Perú, 1971.

Fisher, J., “La formación del Estado peruano (1808-1824) y Simón Bolívar”, en: I. B. y. H. Günter, (eds), *Problemas de la formación del Estado y de la nación en Hispanoamérica*, Bonn, Inter Naciones, Inge Buisson y Hahle Günter eds. 1984.

Flórez, G. C., “Oratoria religiosa y discurso político: la batalla de Ayacucho como referente religiosos (1825-1862)”, *Anuario Jurídico y Económico Escurialense*, (47), 2014.

Gaceta del Supremo Gobierno de la Federación Mexicana, 15 Febrero. 1825, Zea, F. A., Traducción de la nota diplomática presentada por el Sr. De Zea la ministro francés de negocios extranjeros, y a los embajadores y ministros extranjeros en París.

García Camba, A., *Memorias del General García Camba para la Historia de las Armas Españolas en el Perú (1809-1821)*, R. Blanco-Fombona (ed), Madrid, América, 1916.

Archivo General de Indias, Estado 19, N. 122, García de Castillo y Tejada, J. M., Relación de los Grados Literarios, Méritos y Servicios del Dr. D. Juan Manuel García de Castillo y Tejada, s.l., 1825.

Glave, L. M., “Cultura política, participación indígena y redes de comunicación en la crisis colonial. El virreinato peruano, 1809-1814”, *Historia Mexicana*, Volumen 229, 2008.

Grisanti, Á., *La batalla, la capitulación y las actas de Ayacucho*, Caracas, Oficina Técnica del Ministerio de Defensa, 1974.

Guerrero Lira, C., *Simón Bolívar y los conflictos territoriales entre Colombia y Perú, 1820-1829*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.

Hamnett, B., *Revolución y contrarrevolución en México y el Perú (liberalismo, realismo y separatismo, 1800-1824)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.

Kueth, A., *Las milicias disciplinadas ¿Fracaso o Éxito? en J. O. Escamilla (ed.), Fuerzas Militares en Iberoamérica. Siglos XVIII y XIX*, México, Colegio de México, 2005.

Marchena Fernández, J., “Reformas borbónicas y poder popular en la América de las Luces. El temor al pueblo en armas a fines del período colonial”, *Anales de Historia Contemporánea*, Volumen 8, 1991.

Marchena Fernández, J., “La insurgencia indígena en el proceso de la lucha por la independencia en la región andina”, en Manuel Chust, (ed.), *El Perú en revolución. Independencia y guerra. Un Proceso, 1780-1826*, Castellón, Jaume I, 2017.

Martínez Garnica, A., “Relación de la entrevista entre Bolívar y San Martín”, *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, Volumen I semestre, 2013.

Mata, S. E., “La guerra de independencia en salta y la emergencia de nuevas relaciones de poder”, *Andes*, Volumen 13, 2002.

Miller, J., *Memorias del General Miller al servicio de la República del Perú (Selección)*, Madrid, América, 2021.

Montoya Riva, G., *La independencia controlada. Guerra, gobierno y revolución en los Andes*, Lima, Sequilao Editores, 2019.

Morelli, F., *José Carlos Chiaramonte, Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de la independencia*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2004.

Moreno Fragnals, M., *La Historia como arma y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones*, Barcelona, Crítica, 1999.

Moreno, F. M., *Extranjeros en las academias de la Real Armada : entre la formación y el prestigio internacional, 1717-1824*, Murcia, Univ. de Murcia, 2017.

Moses, B., *South America on the eve of emancipation*, New York, G. P. Putnam's Sons, 1908.

Navas Sierra, J. A., "El plan de reconciliación y el proyecto de una confederación hispánica de Francisco Antonio Zea", *Boletín de Historia y Antigüedades*, 81(785), 1994.

Paulding, H., "Visita de Bolívar a Huaraz", en *Colección Documental de la Independencia del Perú*, Tomo XXVII, Vol. II, Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1971.

Peralta, V., "Las resonancias de la revolución de mayo en la independencia del Perú (1810-1821)", en Dionisio de Haro, (ed.), *Ensayos sobre los últimos gobiernos virreinales*, Madrid: Marcial Pons, 2019.

Pérez Núñez, J., "Los amigos de Espartero. La construcción de la red de los ayacuchos", *Ayer*, Issue 105, 2017.

Requena Santos, F., *Redes Sociales y Sociedad Civil*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2008.

Rodil, J. R., *Memoria del Sitio del Callao*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1955.

Rosas Lauro, C., *Del trono a la guillotina: El impacto de la Revolución francesa en el Perú (1789-1808)*, Lima, Institut Français D'Etudes Andines, 2013.

Sánchez Albornoz, N., *Indios y tributos en el Alto Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1978.

Sucre, A. J. d., “Un Documento de Antonio José de Sucre : Memoria que el general en jefe del ejército del libertador encargado de los departamentos del Alto Perú presenta a la Asamblea General de los mismos el día de su instalación”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 11(06), 1968.

Torrente, M., *Historia de la Revolución Hispanoamericana*, tomo III, Madrid, Imprenta de D. León Amarita, 1830.

Valdés, J., *Exposición que dirige al rey Don Fernando VII el mariscal de campo Don Jerónimo Valdés sobre las causas que motivaron la pérdida del Perú*, Madrid, Imprenta de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos, 1894.

Yun Casalilla, B., *Las redes del Imperio. Élités sociales en la articulación de la monarquía hispánica, 1492-1714*, Madrid, Marcial Pons, 2009.